

JOSE MARTI

por B. Sanín Cano

La personalidad de José Martí subyuga y confunde. Dedicó lo mejor de su vida con tenacidad invariable a la libertad de su patria y en esa empresa fué conspirador, mensajero, soldado, jefe, orador, poeta, periodista. Cambiaba de actitudes y de cargos según las necesidades del momento, con la mira puesta siempre en la obra fundamental de libertar a Cuba. En esa lucha incesante, en que la vida no era el mayor de los sacrificios, y en que los enemigos de su causa daban muestras de ferocidad ibérica, Martí no abandonaba las normas del hombre civilizado ni aún en los momentos más trágicos de la noble empresa. No conoció el odio. Difundió sus afectos en el hogar, entre los amigos, y ante todo los entregó sin limitación ni reservas a la nación cubana.

Puso todo su corazón y su alma en las actividades por él escogidas para esculpir su vida. Para cumplir el anhelo de independencia no vaciló en aceptar la muerte cuando creyó necesario ese sacrificio. Previó que su desaparición del escenario de la vida, antes que desanimar a sus amigos serviría para darle mayor brillo y fuerza a la llama del patriotismo, que en efecto invadió con nuevo ardor y vehemencia el corazón de los sobrevivientes. El enemigo no pudo regocijarse con esa muerte. La memoria del Héroe servía de acicate al valor y a la decisión de los soldados restantes.

Su talento de orador hizo comunicativo el sentimiento patrio. Su palabra se difundía como un flúido incoercible por el ámbito de la conciencia nacional y hacía nacer en cada oyente nuevos ímpetus incontrastables de valor abnegado. Fué igualmente eficaz la palabra escrita no sólo para cultivar la idea de liber-

tad entre sus camaradas de la tremenda lid sino también para darle nuevos rumbos a la expresión literaria en América. Su frase llevaba en sí el mensaje de una renovación literaria. Los catadores que leían sus trabajos de prosa entre las columnas áridas del periodismo comercial y desprevenido adivinaban la calidad nueva del vehículo con que América iba a señalarse en el cultivo y aporque de la lengua española. No buscó la novedad por la novedad misma, ni engarzó perlas estudiadamente en el collar sencillo de la frase cargada de pensamiento. Su fuerza y originalidad no constan en el deslumbrante choque de colores vistosos o poco usuales sino en la magnificencia de su sentir y en la manera de captar ideas y sensaciones que estaban en el ambiente.

Espíritus tan delicados como el de José A. Silva, abiertos a las secretas influencias de la belleza en el decir, adivinaron, en su primer contacto con la frase y el sentimiento de Martí, la nueva sensibilidad de que eran testimonio el verso líquido y transparente y la prosa de sutiles insinuaciones y formas tan ricas de contornos y de sugerencias.

No se halla término de referencia para compararlo con los demás creadores de la emancipación americana. Tocóle actuar y sacrificarse en un campo de acción sin analogías con el tablero militar y político en que figuraron otros libertadores. No solamente fué distinto el medio en que hubo de ejercitar sus talentos y desenvolver sus indomables energías. Los tiempos se habían modificado en el sentido de darle excesiva preponderancia a la fuerza material sobre los impulsos generosos del alma humana. Pero aún en sí el libertador de Cuba pudo hasta el día de su muerte poner muchas veces del lado de la idea la victoria incontrastable. Muriendo creó nuevas fuerzas espirituales para la lucha con el despotismo.

Consciente, severo consigo mismo, leal a la causa, consecuente con sus amigos, extraño a las exageraciones del odio, superior a la envidia, frío ante el peligro, capaz de amar apasionadamente y de comprender la vida en todos sus aspectos, Martí es el vocero anticipado de la civilización a la que ha de darle nombre, rumbo y significado el hombre americano.